

## EL PROGRAMA FASCISTA

(Publicado en «El Comunista», 27-11-1921)

Al mismo tiempo que el manifiesto del partido, el periódico fascista ha publicado un artículo destinado (al igual que otros) a defender el movimiento contra la acusación de no tener ni programa, ni ideología, ni doctrina, acusación que se le ha hecho por todas partes. El jefe fascista responde a este coro de reproches con cierta irritación: ¿Nos pedís un programa? ¿Me lo pedís a mí? ¿No os parece que he rehusado formularlo en mi discurso de Roma?... y encuentra una salida no desprovista de valor polémico: los movimientos políticos que dicen haber sido defraudados tras la espera, ¿tenían realmente un programa? De aquí se deducen dos cosas: una es que precisamente porque los partidos burgueses y pequeñoburgueses no tienen un programa esperaban uno del fascismo; la otra es que su falta de programa no debe ser achacada al fascismo, sino que debe ser solo un elemento importante para comprender y definir su naturaleza.

El director del diario fascista pretende demostrar que si el fascismo no tiene tablas programáticas ni cánones doctrinales, es debido a que revela la tendencia más moderna del pensamiento filosófico, las teorías de la relatividad que, según él, habrían hecho tabla rasa del historicismo [Es decir, de la doctrina según la cual la historia obedece a leyes.] para afirmar el valor del activismo absoluto. Este descubrimiento del Duce deja campo abierto a la burla: después de numerosos años, él no ha hecho nunca nada más que relativismo por intuición, pero ¿nos preguntamos que quién es el político que no podría decir otro tanto y reivindicar la etiqueta del «**relativista práctico**»? Es mejor revelar que esta aplicación del relativismo, del escepticismo y del activismo en la política no es nueva. Es por el contrario un repliegue ideológico muy corriente, el cual se explica objetivamente por las exigencias de la defensa de la clase dominante, como nos enseña el materialismo histórico. En la época de su decadencia, la burguesía es incapaz de trazarse una vía (es decir, no solamente un esquema de la historia, sino también un conjunto de fórmulas de acción); esto es debido a que, para cerrar la vía que otras clases se proponen sacar en su agresividad revolucionaria, no encuentra nada mejor que recurrir al escepticismo universal, filosofía característica de las épocas de decadencia. Dejamos de lado la doctrina de la relatividad de Einstein, en lo que concierne a la física... Su aplicación en la historia de nuestro desgraciado planeta no tendría efectos muy sensibles: si se piensa que esta doctrina corrige la evaluación del tiempo en función de la velocidad de la luz, y que el tiempo empleado por un rayo luminoso en recorrer las distancias más largas en nuestro globo es inferior a la vigésima parte de un segundo, se comprende que la cronología de los sucesos terrestres no se vería afectada de ninguna forma. ¿Qué nos puede importar saber si Mussolini hace relativismo por intuición desde hace diez años o bien desde hace diez años, más la vigésima parte del segundo?

Pero las aplicaciones del relativismo y del activismo filosófico a la política y a la praxis social son una vieja historia, y constituyen un síntoma de impotencia funcional, simplemente. La única aplicación lógica de estas doctrinas en la vida social reside en el subjetivismo de los individuos; sin programas de reforma ni de revolución de la sociedad, aparte de grandes organizaciones colectivas: no queda más que la acción de los particulares y, a lo sumo, grupos independientes limitados y dotados de la máxima iniciativa.

Dos de las formas más conocidas de revisión del marxismo, el reformismo y el sindicalismo, han sido escépticas y relativistas, en perfecta lógica consigo mismas. Bernstein dijo ya mucho antes que Mussolini, que el fin no es nada, y que la acción, el movimiento, lo es todo. Se intentaba mostrar ante el proletariado la visión de un objetivo final y al mismo tiempo se le hacía ver también una concepción unitaria de la clase que implica la lucha en función de una orientación única. Se reducía de esta forma el socialismo a la lucha de grupos incoherentes, para fines contingentes, con un abanico ilimitado de métodos, es decir, a ese «**inmovilismo**» que el Duce invoca hoy. Es una actitud idéntica la que dio origen al sindicalismo. La crítica relativista parece considerar que el sistema que habla a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como «**nueva**» no es más que una repetición machacona y pesada de pequeños burgueses; se asemeja al elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas, los cuales, en la víspera de la gran revolución burguesa, no tenían ya la fuerza necesaria para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, estos son los síntomas de la agonía.

Por su naturaleza, el fascismo no tiene ningún derecho para reclamarse del relativismo. Al contrario, podría decir que representa los últimos esfuerzos de la clase dominante actual para darse unas líneas de defensa seguras y para sostener su derecho a la vida de cara a los ataques revolucionarios. Es un historicismo negativo, pero a fin de cuentas un historicismo.

El fascismo posee una organización unitaria de una indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defenderse desesperadamente por la acción de las posiciones teorizadas desde hace tanto tiempo: he aquí por qué aparece no como un partido que aporte un nuevo programa, sino como una organización que lucha por un programa que existe desde mucho tiempo atrás, el del liberalismo burgués. El agnosticismo en lo que atañe al Estado burgués, sobre el cual el manifiesto del partido fascista sirve de testigo, no debe ni puede inducir a error. Deducir que para el pensamiento y el método fascistas, la noción del Estado no es una «**categoría fija**», sería hacer un juego de palabras desprovisto de sentido. El fascismo pone al Estado y a su función en relación con una nueva categoría rica en un absolutismo no menos dogmático que ningún otro: la Nación. La mayúscula que había engrandecido la palabra Estado, el fascismo se la añade a la palabra Nación. Cómo la voluntad y la solidaridad nacionales bien podrían no ser expresiones «**históricas**» y «**democráticas**», he aquí lo que los filósofos del fascismo deberán explicarnos. Y para esto les sería necesario explicar la presunta diferencia existente entre su principio supremo, la Nación, y la real organización actual del Estado.

En realidad, el término de «**Nación**» equivale simplemente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifiesta en el Estado. El fascismo no es más que el heredero de las nociones liberales, y su recurso al imperativo categórico de la Nación no es sino una manifestación más del embuste clásico consistente en disimular la coincidencia entre Estado y clase capitalista dominante. Basta una crítica superficial para

demostrar, en primer lugar, que la Nación del manifiesto fascista es indiscutiblemente una «**categoría**» que tiene en la ideología un valor tan absoluto que aquel que ose blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio... del apaleo; y en segundo lugar, que esta Nación no es otra cosa que la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti-categoría de la revolución proletaria.

Muchos movimientos pequeñoburgueses que toman actitudes pseudo-revolucionarias —y que hoy, por muy paradójico que pueda parecer, convergen todos hacia el fascismo— se adornan también con el epíteto «**nacional**». Sería imposible comprender cómo la Nación reside en el movimiento de los voluntarios fascistas antes que en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías) que es su enemigo natural, si el concepto de Nación no estuviese disimulado por los mismos elementos que nos conducen a nosotros marxistas, a establecer que el Estado burgués que dice hablar en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía. La vacilación de la potente organización de los voluntarios fascistas de cara a la organización estatal no denota una independencia de movimiento por su parte, sino únicamente la existencia de una división de las funciones conforme a las exigencias de la conservación burguesa. Es precisamente por la necesidad de que el Estado guarde el derecho de presentarse

como la expresión democrática de los intereses de todos, por lo que esta milicia de clase debe necesariamente formarse fuera de él; pero demuestra ser tan poco coherente con las filosofías de las que hace gala, que en lugar de presentarse como la expresión de una élite, reduce su programa a un vago «**nominalismo**», el cual tiene entre otras la propiedad de ser democrático en el sentido tradicional y vulgar: la Nación.

El relativismo domina en todas las capas burguesas acobardadas y resignadas a la derrota, a las cuales su propia desorganización prueba que el pensamiento y la dominación burguesas están en bancarrota. Pero la organización unitaria que agrupa y encuadra a las últimas capacidades de lucha de la burguesía muestra que las fuerzas del pasado capaces de unirse todavía no lo hacen sobre la base de un programa que ofrecer a la historia del mañana (ninguna corriente burguesa, ni siquiera el fascismo, puede realizar nada parecido), y que solamente obedecen a la decisión instintiva de impedir la realización del programa revolucionario. Si este hubiese sido batido en el campo teórico, si no hubiese podido refutar las nuevas y atrayentes tesis que brillan en los artículos del líder fascista, y si la burguesía no previera en él un peligro, es decir, la realidad del mañana, el Duce podría licenciar a sus camisas negras y en nombre de la filosofía relativista y activista, abolir la disciplina inmovilista a la cual pretende ceñirlos cada vez más.